

Federico García Lorca para Pablo Neruda

961851000

Esto que yo hago, decía García Lorca, se llama una presentación, en protocolo convencional de conferencias y lecturas, pero yo no lo presento, porque a un poeta de la calidad del chileno Pablo Neruda no se le puede presentar sino que con toda sencillez, cobijado por mi pequeña historia de poeta, doy un apretujado y profundo toque de atención.

Y digo que os dispongáis para oír a un auténtico poeta de los que tienen sus sentidos amaestrados en un mundo que no es el nuestro, y que poca gente percibe. Un poeta más cercano de la muerte, que de la filosofía; más cerca de dolor que de la inteligencia; más cerca de la sangre que de la tinta.

Un poeta lleno de voces misteriosas que, afortunadamente, el mismo no sabe descifrar; de un hombre verdadero que ya sabe que él junto y la golondrina, son más eternos que la mejilla dura de la estatua.

Una América española nos envía constantemente

poetas de diferentes numen, de varias capacidades y técnicas. Suaves poetas de trópico, de meseta, de montañas; ritmos y tonos distantes que dan al idioma español una riqueza única. Idioma ya familiar para la serpiente borracha y el delicioso pingüino almidonado. Pero no todos estos poetas tienen el tono de América. Muchos parecen peninsulares y otros acentúan en su voz, ráfagas extrañas, sobre todo francesas. Pero en los grandes, no.

En los grandes cruje la luz ancha, romántica, cruel, desorbitada, misteriosa de América. Bloques a punto de hundirse, poetas sostenidos sobre el abismo de un hilo de araña, sonrisa con un leve matiz de jaguar, gran mano cubierta de vello que juega delicadamente con un pañuelito de encaje. Estos poetas dan el tono descarado del gran idioma español de los americanos, tan ligado con la fuente de nuestros clásicos, poesía que no tiene vergüenza de romper moldes, que no teme al ridículo y que se pone a llorar de pronto en la mitad de la calle.

Al lado de la prodigiosa voz del siempre buen maestro Rubén Darío, y de la extravagancia adorable, arrebatadora, cursi y fosforescente voz de Herrera y Reinseng y del gemido uruguayo y nunca francés conde Lautreamont, cuyo canto llenó de horror la madrugada del adolescente, la poesía de Pablo Neruda se levanta con un tono nunca igualado en América, de pasión, de ternura y de sinceridad.

Se mantiene al frente de un mundo lleno de sincero asombro, y le fallan los dos elementos con los que han vivido tantos falsos poetas, el odio y la ironía. Cuando va a castigar y levanta la espada, se encuentra pronto con una paloma herida entre los dedos.

Yo los aconsejo oír con atención a este gran poeta y tratar de conmoverse con él cada uno a su manera. La poesía requiere una larga iniciación, como cualquier deporte; pero hay en la verdadera poesía, un perfume, un acento, un ruego luminoso que todas las criaturas pueden percibir. Y ojalá que sirva para nutrir ese grano de locura que todos llevamos dentro, que muchos matan para colocarse el odioso monóculo de la pedantería libresca, y sin el cual es imprudente vivir.

ALEJANDRO MEZA ALBARRACIN

El Diario Austral, Puerto Montt, 9-X-1987 p.2.

5045